

DIÁLOGO DEL SEÑOR X E Y Y UN TERCERO SOBRE EL DESPERTAR DE LA ARQUITECTURA SEVILLANA O, TAMBIÉN, CON EL OTRO COMIENZA EL TIEMPO

FÉLIX DE LA IGLESIA Y JOSÉ RAMÓN MORENO

«Existe un todavía-no-saber consciente del pasado cuya exigencia tiene la estructura de un despertar.»

X- Quisiera comenzar planteando una hipótesis que puede ser polémica: la pérdida en estos años pasados de la arquitectura sevillana. Pérdida cuanto encubrimiento, cuanto desconocimiento de sí misma, cuanto degeneración de una generación que olvidó su transitoriedad y se afirmó en un ambiguo llegar a no se sabe dónde. ¿O quizá es lo único que sí saben?

Y- No deja de sorprenderme esa afirmación por cuanto esa que llamas pérdida no es sino, al mismo tiempo, el reconocimiento externo de una arquitectura con características propias, capaz de ser un referente arquitectónico tanto como para convocar un río de visitantes y ser uno de los protagonistas de los medios de comunicación profesionales. Y no es este hecho de poca importancia si tenemos en cuenta la marginación que en esos mismos medios ha sufrido la arquitectura andaluza durante gran parte del siglo XX.

X- Sin embargo, lo que tú ves como un logro a mí se me aparece como un lastre, habida cuenta de que hoy la apuesta es por una mirada no tan centrada y evidente, sino desplazada y distante, es decir, periférica, que renuncia al centro. Y aquí, en esta sensibilidad, sí que se encontraría sorprendentemente una explicación más creíble de la fortuna publicitaria de esta arquitectura.

«Exóticas latitudes» llamaba hacia 1975 a estos parajes como de los popes del negocio cultural de la arquitectura española. Tal denominación fue el acicate para la operación de constitución de una arquitectura sevillana con voluntad de alcanzar caracteres diferenciados respecto a Madrid y Barcelona.

X- Habría, querido amigo, que distinguir entre estos dos aspectos, correspondientes a diferentes niveles de aparición de esta arquitectura y ello desde una doble actitud: aquella que contempla la obra de arquitectura en sus relaciones más complejas y otra que lo hace desde la «objetualización» de la misma y la manifiesta autorización de sus creadores. Estas actitudes han hecho que alguno de nosotros hayamos sufrido una ilusión constante producida por el deslizamiento de estos dos planos expresivos como caras de una moneda. Ambas se manifiestan sin solución de continuidad para cualquier espectador atento.

Sólo al final de la década y marginalmente aparecen otras opiniones que se detienen en la relevancia del tránsito del régimen dictatorial a la sociedad de consumo como generador de la posibilidad de esta producción.

Y- Según la disociación que planteas mi opinión coincidiría con la visión de una sola de esas dos caras.

X- Sí claro. Pero eso es lo que ha sucedido de alguna manera con la mayor parte de las visiones de la arquitectura sevillana.

Y- No te comprendo: ¿estás planteando que esa arquitectura es sobre todo un montaje publicitario, una operación de venta?

X- No quisiera que se malentendiera cuanto digo. Ambas visiones permanecen extrañamente unidas, indisociables, pero lo que una y otra vez se hace presente es una sola de las caras de la moneda. Tal vez la razón de este hecho se encuentre en el arranque de la divulgación de esta producción.

Divulgación que podría confundirse con constitución, antes no existía y después no existe sino como su imagen nos la ha mostrado. Como en la hipótesis de Foucault: «yo supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y distribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y terrible materialidad».

X– En efecto, en los últimos años de la década de los setenta hay una operación cultural que rentabiliza el trabajo de un grupo de arquitectos dándole forma de generación o grupo cultural. Los *jóvenes arquitectos del rigor* tal como los denominó Víctor Pérez Escolano, verdadero factótum de la operación, englobaba a profesionales con muy diferentes enfoques y actitudes, disolviendo su habla en el tejido de la imagen espectacular. Esta relación entre experiencia personal y apariencia generacional marcará, en los diversos niveles de relación de la producción arquitectónica, el desarrollo de la imagen mediática de la arquitectura sevillana en este período.

Hasta el punto que en función de ella el trabajo de uno y otro tendrá cabida o no en las sucesivas apariciones. El marco conceptual que ejerce dicha discriminación está ya fijado en la revista *Arquitectura* de Madrid, núm. 210, de enero de 1978.

Y– Parece como si estuvieras planteando un origen único para la disociación a la que atribuyes la causa de nuestra percepción contrapuesta y me parece razón insuficiente para dar cuenta de un proceso que adivino algo más complejo y azaroso.

X– De acuerdo, sin embargo, esta operación que centra las publicaciones de finales de los setenta ha permanecido durante largo tiempo como guía del comportamiento profesional y no sólo ha afectado a aquéllos, sino que ha llegado a atrapar, como comportamiento más o menos inconsciente, a las sucesivas tandas de arquitectos.

Esta ilusión es tan impregnante que comentaristas más sagaces y alejados de nuestra arquitectura, como Colin Rowe, se han apresurado a advertir que la arquitectura española de las últimas décadas es producto de unas condiciones absolutamente singulares e irrepetibles.

X– Es verdad también que la década ha sido el momento en que los medios de comunicación se han hecho presentes como definidores de lo correcto y adecuado de la arquitectura –bastaría con recordar que es 1984 cuando por primera vez Andalucía cuenta con una revista de difusión internacional propia– y ello ha limitado o constreñido las alternativas a este modo de comportamiento profesional. Dicho en corto y por derecho, aquella arquitectura que existe es la que se publica.

Hasta tal punto esto es así que el colectivo de fotógrafos, tomando conciencia de su función, ha exigido un trato acorde con el papel de mediadores que desempeñan.

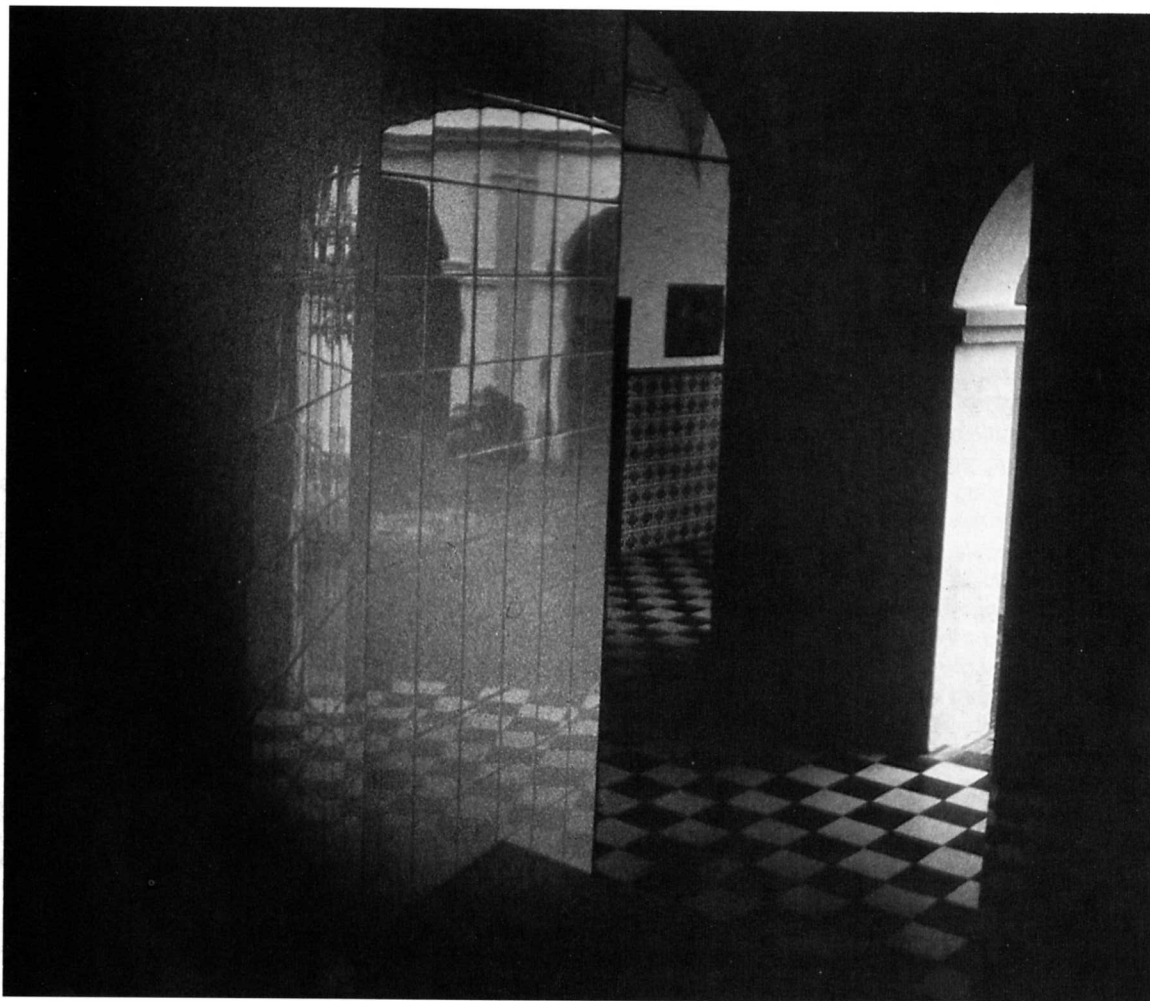
Y– Por lo que cuentas podría deducirse que aquella operación implantó en su desarrollo una actitud que informa los comportamientos de un sector profesional, que podríamos llamar ilustrado, muy promocionado.

X– Y especialmente muy ligado a lo *público* en su actividad y encargos, que opta por establecer una relación de diálogo con el poder autonómico por cuanto ve necesaria su colaboración y participación en la operación *renovadora* –podríamos incluso decir modernizadora– de éste. Cabría reconstruir paso a paso este recorrido con sus hitos y pausas más significativas, estableciendo los lugares de convergencia entre desarrollo político e institucional y las operaciones arquitectónicas.

X– Con ello entraríamos en aspectos nunca contados, una historia oculta tras esa cara amable y brillante de la moneda y, a la vez, con una actitud iconoclasta y reaccionaria respecto a lo establecido como *moderno*.

Aspectos como los revelados al establecer una relación de productividad entre el volumen de los encargos y la imagen de modernización que alcanza la propia Junta de Andalucía o aquellos otros ligados al tránsito entre la decisión de celebrar la Expo en Sevilla y los acontecimientos posteriores. Por no hablar, y esto es verdaderamente sorprendente, de cómo la *Arquitectura* habla al poder en Andalucía.

X– A propósito de esto quisiera plantear una hipótesis que me parece sugestiva para dar cuenta del proceso del que hablamos. Hay una tripleta de instituciones que mantienen un diálogo cruzado y excluyente que conducen determinadas personas; de ahí proviene un marco de integración y exclusión en que se insertan cada una de las arquitecturas de la década.



Esa década, que comienza en 1978 y acaba en 1992, cuyo núcleo central estaría alrededor de 1985, queda enclaustrada en el campo de la arquitectura entre el final de un proceso cultural –que tiene su referente en Italia– y la incorporación del país a la sociedad de consumo. Ambos marcan un punto de no retorno.

X– Arquitectura, Poder y Lenguaje, esas tres instituciones son los polos de atracción y referencia para la producción de la obra civil en esta década. Cada encargo, cada creación, cada debate, cada renovación urbana, encajará sus límites en ese triángulo unificador que no afloja sus vínculos sino al final de la década, la interacción ha sido fluctuante pero permanente, no dejando sino por exclusión o marginalidad que *otra* producción exista.

Y– Sin embargo, ese control totalizador que planteas me da que pensar. Acaso los ritmos y las exigencias de la producción de estos años no han dejado abandonadas áreas de actividad que han podido ser ocupadas por otras actitudes y opiniones, no puedo creer que hasta ellas se haya podido extender ese control.

X– Esto es cierto, pero piensa que la operación de ocupación ha consistido en un cierre, en una exclusión hacia delante y atrás.

Debido a que esa generación –entiéndase en términos sociológicos– se apresuró a impedir todo movimiento que condujera a su relevo, adelantó cuanto pudo la jubilación de sus mayores, haciéndose cargo de sus puestos, de sus proyectos, con un aire de desdeñosa superioridad; al mismo tiempo se opuso a que ninguno o muy pocos de los que la siguen entraran en el mercado laboral en igualdad de condiciones que ella.

Y– Pero permíteme que insista, han existido ámbitos –como, por ejemplo, la Escuela de Arquitectura– en los que en estos años se ha podido producir una alternativa, siquiera intelectual, a ese modo de producirse.

X– Sí, es cierto. Y se ha producido de una manera marginal, improductiva, azarosa, espontánea, pero a la vez, lastrada por una estructura férrea de control heredada de años anteriores, que ha permanecido vigente a través de las sucesivas reformas universitarias, con la connivencia mayor o menor de casi todos. No obstante, podríamos caracterizar esta irrupción como una manera de hacer diferenciada del resto, tanto en lo docente como en lo profesional, por más que su trabajo haya permanecido *tapado* por la gran producción de los ochenta y a la sombra de las jerarquías docentes.

Y– Perdóname pero me gustaría volver a lo anterior. Con todo, es difícil hablar hoy, y a la vista de los resultados, de la homogeneidad de un grupo que acaba decantando, en sus personajes más notables, intereses contrapuestos e irreductibles entre sí. ¿Existe, de hecho, en algo más que no sea una conciencia más nostálgica que activa?

X– Demostraré que es así: por ejemplo, ¿qué ocurriría si un cuerpo extraño, un elemento –generación– resistente acudiese a formar parte de la escena? ¿Cuál sería la reacción o primer impulso del cuadro de actores ante ese nuevo personaje capaz de cuestionar la palabra dada y nombrar de una manera distinta las cosas más elementales, ante un personaje que rechaza cualquier intento de formalizar o actualizar un lenguaje que identifique poder y esencia andaluza, por muy *empapados* que estemos todos de Sevilla, o Andalucía por extensión?

Lo que acontece es, ni más ni menos, que el nacimiento de un nuevo espacio de existencia, vacío, de relación entre unas generaciones y otra; un lugar que ni siquiera manifiesta en su esencia la voluntad de producir entre ellas la sutura que recupere aquel espacio lineal, tranquilizador, de la producción y su crítica. Sólo aparece como discontinuidad y posibilidad. De él tendremos que ocuparnos a partir de ahora si no queremos cerrar el paso a ninguna otra posible palabra, si queremos por contra validar esa pluralidad de lenguajes emergentes al margen de cualquier otro hegemónico e instituido por su representación y espectacularidad.

Y– Hay razones suficientes para pensar que aquel final de los años setenta se ha distanciado enormemente de nuestros días y que, inevitablemente, esta ruptura que aparece entre ambos acaba por manifestarse, como siempre, en complejos opuestos.

X– Las circunstancias efectivamente son otras para la arquitectura sevillana en cuanto a su producción, al igual que para el resto de Occidente, pero, además, esa distancia abierta entre los agentes se ha hecho aún más notoria en Sevilla tras los acontecimientos de 1992; lo que sí podemos ahora es caracterizar a estas dos décadas de la democracia de una forma más desapasionada y siempre menos instrumental, de cara a la producción arquitectónica andaluza, que en otros momentos no tan lejanos. El primer efecto que ello produce es el de no sentir ya la necesidad de congregarse en torno a ningún fuego que ilumine y salve, a una única y silenciadora palabra. Hoy por contra, esta generación que viene lanza voces, tan potentes como aquella otra, que se saben frescas y múltiples. Es su voluntad de arrojo, no pretende el consuelo del discurso cerrado, referencial, sino que se presenta como una polifonía de múltiples y simultáneas relaciones.

La distancia que la separa de aquel origen congelado la despierta y pone en conciencia de sí misma; la hace poseedora de un impulso aún más vivo que aquel otro fuego coactivo y consolador de Prometeo. Sin la imposición o inevitable aceptación de un pasado incomprensible que re-construir, sin plantear siquiera la lucha agónica entre su destino individual y el marco histórico donde está desarrollando su producción, es consciente de que el valor de su construcción pasa por el de su individualización: en todos los frentes, con todos los riesgos que conlleva ese arrojo, con todos los temores que suscita la falta de apoyos.

«La reconstrucción, al igual que el historicismo, se refiere al pasado que está presente, un pasado que ha cristalizado en tradiciones reconocidas en virtud de las cuales podemos transitar desde el presente al pasado. (...) La reconstrucción sería como la legitimación por el origen del presente, que es la parte victoriosa de la historia. La reconstrucción, como el historicismo, es la ideología de los vencedores.

El concepto de construcción, como dice Benjamin, supone una previa destrucción. Rompe la continuidad histórica. Alcanza el pasado no por el camino real de la tradición, de lo existente, sino mediante un salto en el vacío. Al saltar hacia un pasado que no tiene conexión con el presente, hacemos presente algo nuevo. Esta presencia inédita es, por un lado, destrucción o crítica del presente-dado y, por otro, creación o apuesta por un presente nuevo.»

Y– ¿Te refieres quizá a ese sentir temeroso de un futuro por conocer, a aquella enristecida sensación que llevaba a Joseph Roth en *La marcha de Radetzky* a ver la crueldad en el rostro de sus hijos dormidos, *la crueldad de su tiempo, el futuro, que ellos presienten en el sueño?*

X– El futuro sólo será prolongación de un ahora que ya existe, libre de nostalgias o débitos de otros pareceres y libre también de inciertos temores.

A nosotros, justamente, el sentir que nos mueve es el contrario: el de arrojarnos hacia delante con una generación emergente que se manifiesta ya como resistente a cualquier otra hegemonía, que se revela a la amputación sufrida por otras intermedias y que, nacida y localizada aún en los márgenes, dispone de una nueva fundamentación capaz de responder de manera más consecuente a los nuevos requerimientos y compromisos actuales.

X– Porque ya existe en Sevilla otra Arquitectura podemos y queremos producir el salto que provoque una mirada fragmentada de nuestro pasado, o nuestra historia particular, que se detenga precisamente en las discontinuidades para potenciar y desplegarse en lo incompleto de muchos Proyectos abortados. ¿No es más ético también procurar dar nombre nuevo a las cosas, *pre-decir* la novedad como invención en lugar de optar y esforzarnos por *pre-ver* y alimentar la continuidad? Sólo en ese marco nos interesa la constitución de un sentir comunitario, sólo así veremos la construcción del nuevo Plan de Estudios para la Escuela, la formación de líneas de trabajo en torno a grupos de investigación y estudios profesionales, institutos públicos, etcétera. Sólo así nos moveremos por las aulas, los despachos políticos o las calles de la ciudad y sus arquitecturas.

Hay que sacar a la luz experiencias que se originan en lo oculto, desde una consideración conceptual nunca estilística o biográfica.

Y– Volviendo atrás, deduzco de lo que me dices que la imposibilidad de prolongar aquella ficción es clara. Aunque no podemos obviar que nos movemos en un espacio de relaciones muy conformado, parece que estamos obligados a solapar actitudes heredadas en las que primaban las autorías con otros métodos más plurales, atentas a un debate sobre cada situación concreta que se plantea.

X– Ello y en todo caso, siendo conscientes del momento en que vivimos y sin renunciar a conocer y participar de los dispositivos de la producción en los que todos estamos inmersos. Pero cada cual, eso sí, *jugando al fútbol como le plazca*. Pretender lo contrario nos llevaría al absurdo de asemejar comportamientos irreductibles cuando, además, no forma parte de nuestras intenciones.

No pensemos que en el marco de las ideas constituido al efecto se ha introducido el extraño, el huésped pasoliniano que hace saltar por los aires aquel orden instituido; más bien, pensemos que simplemente estamos fuera de dicha constitución y ello quizá porque sabemos que su razón no es la verdad que nos referencia, porque cuando nos abrimos al mundo y al otro aparece un sentido ético que anula presupuestos globales, que acude, como bien dices, a cada situación como un nuevo problema.

Y– Con todo, tengo la sensación de estar despertando de madrugada en un autobús de largo recorrido, atravesando una población en apariencia desconocida, en la que me esfuerzo por reconocer algo que me dé conciencia de ese instante y de lo que viene. Por el contrario, sin poder acceder a nada que me resulte familiar, tan sólo me queda en esos momentos remitirme a lo más opaco de las presencias allí congregadas, a los rincones más ocultos y silenciosos; es allí donde encontraré lo más mío de esa situación, el deseo incompleto de su experiencia, deseo por lo demás siempre insatisfecho...

X– Es precisamente ese estado de sinrazón, de deseo continuado e insaciable, lo que nos mantiene unidos a ese nuevo aparecer, lo que nos produce la sensación de comunidad que nos lleva más allá del saber disciplinar, lo que nos separa de lo natural. Gocemos pues.

Cuando tomamos conciencia de nosotros mismos en el mundo, se evidencia nuestra disparidad respecto de él; es entonces cuando vemos que aquel fuego «prometeico» no produce el impulso de la invención y que sólo posibilita verificar, agotándose y agotándonos en la imagen; la historia y su crítica –¿cuál es su concepto de valor?– producen esa escisión, se desaparejan. La comunidad se revela imposible desde estas claves, promesa históricamente incumplida.

Y frente a la sofisticación de la apariencia, de la ilusión que todos padecemos, la alternativa de la interpretación como forma de la obra, como sentido no dado sino construido por cada generación desde su pequeña fuerza salvadora..., supone igualmente, construir una estructura narrativa como lugar de encuentro de esas realidades diversas...

La representación deja paso simplemente a la presentación...